

4

DURANTE LOS PRIMEROS meses posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a un joven sacerdote llamado Don Arbete se le encomendó la tarea de reconstruir una sociedad rudimentaria en Castel di Sangro, a medida que las apesadumbradas familias volvían poco a poco a las ruinas de lo que había sido su pueblo desde el exilio que les había impuesto la guerra.

El sacerdote empezó de la única manera que sabía: con niños ansiosos por dar patadas y una «pelota» hecha de calcetines sucios sujetos con cordel. En otoño ya estaba tan orgulloso de sus pupilos que desafió a un pueblo de los alrededores que estaba algo menos devastado. Aceptaron el reto, y a primera hora de una mañana de octubre de 1945 —las carreteras seguían intransitables por los bombardeos, pero un pequeño ramal de la línea de ferrocarril no había sufrido desperfectos— metió a sus *ragazzi* descalzos y la pelota de calcetines en una batea y con la tracción manual recorrió los diez kilómetros hasta el *campo* sin hierba cubierto de piedras donde esperaba el contrincante: arrogante a más no poder porque tenía no solo zapatos sino también una pelota de fútbol de antes de la guerra, aunque algo desinflada, para el partido.

A pesar de tales desventajas, los chicos de Castel di Sangro escaparon con una victoria —y «escaparon» es la palabra exacta— corriendo

descalzos como alma que lleva el diablo con Don Arbete, que sacudió con las piernas la sotana yendo a toda mecha. Gracias en gran parte a un hercúleo trabajo de equipo a bordo de la batea (y a una pequeña bajada al principio) lograron huir con éxito de los airados perseguidores y regresaron al pueblo arrasado con la historia de un triunfo tan inverosímil que si el propio sacerdote no hubiera dado fe muchos nunca la habrían creído.

Con el paso de los años la pelota hecha de calcetines fue sustituida por una pelota de fútbol reglamentaria, pero para los vecinos del pueblo la heroicidad de aquel primer «equipo» de posguerra de Castel di Sangro marcó la forma de plantearse el fútbol. El número de habitantes era muy bajo, pero el listón estaba muy alto.

El equipo de fútbol del pueblo se fundó de manera oficial en 1953, y durante las décadas siguientes el Castel di Sangro se ganó la fama (al menos al sur de los Abruzos) de ser un equipo duro que jugaba con una tenacidad fuera de lo común. Gozó de bastante éxito en categorías amateurs y semiprofesionales locales.

Estas categorías —y no por mera casualidad, a tenor del milagro posterior— se distinguían de manera clara unas de otras. Debido a su posición única en la base de la vida comunitaria, en Italia el fútbol desarrolló una estructura y una jerarquía tan complejas, amplias y estrictamente respetadas como las del Vaticano o la mafia. Hay niveles tras niveles tras niveles, y dentro de cada nivel hay secciones tras secciones tras secciones. Podría pensarse en una estructura piramidal, aunque, sobre todo hacia la base, la uniforme geometría tiende a combarse un poco y predomina esa especie de desorden existencial tan común en otras facetas de la vida italiana.

En la cúspide de la pirámide están los dieciocho equipos que juegan todos los años en la Serie A. Aquí, uno siempre encuentra el AC Milan, el Inter de Milán, la Juventus, la Roma, la Lazio y la Fiorentina, aparte de una docena de clubes que han escalado, al menos por un tiempo, la resbaladiza pendiente que lleva al nivel más alto.

Ganar el campeonato de la Serie A es como ganar a la vez la Serie Mundial de béisbol, la Super Bowl y la NBA. *Lo Scudetto*, como lo llaman, es el único título deportivo que importa en Italia, e importa

más —bastante más— de lo que pueda entender un norteamericano.

Además de la gloria, está el dinero: decenas de millones de dólares. Una parte es el premio por ganar el campeonato, pero da mucho más el acceso del equipo campeón la temporada siguiente a la competición internacional europea conocida como Liga de Campeones, el campeonato más lucrativo y prestigioso que se disputa entre clubes. La venta de derechos televisivos por todo el mundo ha convertido la Liga de Campeones en los huevos de oro, por no decir en la propia gallina, por los que luchan con denuedo todos los equipos europeos.

Hay otras dos competiciones internacionales para los conjuntos que, aunque son potentes, no han ganado la liga de su país. En ellas también se puede ganar mucho dinero y mucho prestigio.

Por si tales bonificaciones no fueran suficientes para asegurar una feroz competencia a lo largo de toda la temporada de la Serie A (que se alarga de septiembre a mayo incluido) se emplea el palo y la zanahoria. A saber: los cuatro últimos de cada temporada son «relegados», o descienden, al siguiente nivel inferior, la Serie B. Del mismo modo, los cuatro primeros equipos de la Serie B suben a la Serie A.

Para tener una idea siquiera somera del miedo que provoca la posibilidad de descender, uno podría imaginarse que los New York Yankees, por ejemplo, acabaran últimos de su división y que les dijeran que, en consecuencia, no jugarían en la Liga Americana la temporada siguiente, sino en la Liga Internacional, que es una liga menor. Y que solo ganándola podrían ser readmitidos en las grandes ligas. Imaginen la cantidad de asientos que quedarían vacíos cuando se anunciara que el fin de semana en vez de los Boston Red Sox vendrían los Pawtucket Red Sox.

Por supuesto, también se puede descender de la Serie B. Todos los años, cuando los cuatro primeros de esa liga de veinte equipos suben a la A, los cuatro últimos bajan a la división C1, que ya no es del todo nacional. En ella, los treinta y seis conjuntos están divididos en dos grupos, uno del norte y otro del sur (en gran medida para ahorrar en gastos de transporte, que pasan una factura cada vez más alta a las finanzas de los clubes cuanto más se alejan de las gradas llenas de los

estadios grandes y del glamour y la gloria de la competición internacional).

Debajo de la C1 está el submundo de la C2, cuyos cincuenta y cuatro conjuntos están divididos en tres grupos regionales. Así pues, el fútbol profesional, en Italia, está formado por ciento veintiocho equipos, con unos veinte jugadores cada uno de media, lo que significa que dos mil quinientos hombres se ganan la vida jugando, con unos salarios que pueden ir de los veinte mil dólares en la C2 hasta los muchos millones que se pagan a las estrellas de la Serie A.

Pero la estructura sigue hacia abajo todavía desde la C2. Así, por debajo está el *Campionato Nazionale Dilettanti*, o liga nacional amateur, dividida en nueve *gironi* o círculos regionales (como los círculos del infierno de Dante), cada uno de ellos compuesto por dieciocho equipos. A pesar del nombre, en esta liga los jugadores aún reciben alguna compensación económica, con lo que hay que añadir ciento doce clubes semiprofesionales a los ciento veintiocho que son profesionales.

E incluso a esta profundidad se evita el estancamiento, porque los tres últimos de cada uno de los grupos de la C2 descienden a la liga de *dilettanti*, mientras que el ganador de cada *girone* amateur tiene una oportunidad en la C2. A la vez, los cuatro últimos de cada sección de *dilettanti* son reasignados a los casi inconcebiblemente menores *Campionati di Eccellenza Regionale*, o campeonatos de los «equipos excelentes» de la región, una denominación que roza el eufemismo.

Aun a partir de ahí continúa hacia abajo la espiral, hasta el *Campionato Promozione* y finalmente la tierra sin nombres, donde la jerarquía pasa a ser sin más *Prima Categoria*, *Seconda Categoria*, y abajo pero que abajo del todo, la *Terza Categoria*, o tercera categoría, un nivel debajo del cual ya no hay equipos sino simplemente obreros en baja forma dándole patadas a un balón los domingos por la mañana en vez de ir a misa.

El Castel di Sangro empezó desde abajo del todo, desde la *Terza Categoria*, una categoría apropiada para un conjunto *abruzzese* formado por vecinos de un pueblo de cinco mil habitantes que todavía estaba en proceso de reconstrucción después de la guerra.

Entre los vecinos más recientes había un hombre fornido del sur llamado Pietro Rezza, que un día llegó al pueblo a lomos de un burro y enseguida empezó a construir viviendas para un pueblo que realmente las necesitaba. Rezza también se casó pronto con la hija de una de las familias más ricas que habían regresado a Castel di Sangro después de la guerra.

Con la seguridad del acceso al capital que le proporcionaba el matrimonio, Rezza comenzó a construir más lejos, por el sur, hacia Nápoles, y al final en la propia ciudad, donde los recién llegados que buscaban ganar grandes cantidades de dinero no eran recibidos con los brazos abiertos por la *camorra*, la prima napolitana de la mafia siciliana, y donde la expresión «negocio de la construcción» se usaba para una serie de iniciativas que —en el caso de que surgieran disputas entre los participantes— solían mandar a los hombres bajo tierra (o al fondo del puerto de Nápoles) con mayor rapidez incluso que aquella con la que proporcionaban viviendas sobre ella.

No obstante, Rezza —y si uno pregunta por los detalles enseguida le aconsejan que no lo haga— no solo se mantuvo sobre la tierra, sino que ganó el dinero suficiente como para construirse una finca del estilo y del tamaño de *Parque jurásico* en lo alto de la *cittadina* (pequeña ciudad) de Castel di Sangro. También compró casas de veraneo igual de fastuosas cerca del mar, en Pescara y en Lugano, en Suiza, donde muchos miembros de alto nivel del crimen organizado estaban comprando o construyendo retiros privados.

Mientras tanto, treinta años después de su fundación, el equipo de fútbol de Castel di Sangro, el pueblo de adopción del *signor* Rezza, ganó la promoción de la *Terza* a la *Seconda Categoria*, lo cual debió de ser el acontecimiento más importante de la historia del pueblo después de la guerra. Por desgracia, el equipo y el pueblo estaban sin blanca. Jugar en la *Seconda Categoria* no suponía muchos gastos: una pequeña tarifa correspondiente al presupuesto operativo de la oficina central de la *Categoria*, unos cuantos miles de liras para cada jugador después de las victorias, algún equipamiento nuevo y suficiente dinero en metálico a mano para reembolsar los gastos de combustible de aquellos jugado-

res que fueran en su coche particular a los partidos fuera de casa.

Sin embargo, la diferencia entre no mucho dinero y todo el dinero del mundo es casi inexistente si no tienes nada. Así, durante unas semanas del verano de 1982 pareció que el Castel di Sangro tendría que renunciar al ascenso porque no le alcanzaba el dinero. La mitad de los jugadores ni siquiera tenía un par de calcetines a juego. A pesar de ello, a su pequeña manera, habían logrado algo: ganarse el derecho a subir una piedra más de la imponente aunque variopinta pirámide del *calcio*, levantada gracias a los cientos de ligas locales que abarcaban desde los Alpes hasta casi la costa norteafricana.

El *signor* Rezza, que antes no había mostrado ningún interés por el *calcio*, resolvió rápidamente el problema comprando el equipo. Por entonces, con sesenta y dos años y sin hijos, estaba separado de su mujer, que vivía en el apartamento que tenía en Castel di Sangro. El *signor* Rezza tenía dos sobrinas. Una se casó con un cirujano dentista sin el más mínimo interés por el *calcio*. La otra, Maria Teresa, con el gallardo Gabriele Gravina, quien, como el propio Rezza, había llegado al norte desde la región de Apulia y había alcanzado la mayoría de edad con grandes aunque algo indefinidas ambiciones.

Tras el matrimonio, Gravina empezó a trabajar en estrecha colaboración con el *signor* Rezza, tanto en el negocio de la construcción como en empresas relacionadas. El equipo de fútbol de Castel di Sangro estaba incluido en la categoría de «empresas relacionadas». Rezza puso a Gravina a cargo del club y se olvidó del asunto.

El primer año en la *Seconda Categoria* el Castel di Sangro terminó segundo. Al año siguiente acabó primero y se ganó el ascenso a la *Prima Categoria*. Incluso en estas categorías, era imposible alinear un once competitivo formado en exclusiva por hombres nacidos y criados en Castel di Sangro. Con lo cual, aunque siguió sin ofrecer salarios, el astuto Gravina buscó trabajo y vivienda durante la temporada a unos cuantos jugadores de mayor calidad y los convenció para que jugaran en el club.

Con tales refuerzos, el Castel di Sangro alcanzó pronto la categoría de *Promozione*, un nivel donde la mayoría de los equipos representaba

a ciudades de al menos veinte mil habitantes, y algunos a ciudades mucho más grandes.

Y así siguieron a lo largo de los años 80: el Castel di Sangro no paró de ascender, sin bajar una sola vez. Fueron llegando cada vez más jugadores de cada vez más lejos, hasta que por fin en 1989, para asombro (aunque pequeño) de toda la nación, el club irrumpió en la Serie C2 y en el fútbol profesional de verdad.

No obstante, la Serie C2 no era solo un peldaño más. Era un salto enorme a una esfera totalmente nueva e inestable. La C2 no sería un paseo como las categorías amateur y semiprofesionales. Los dos primeros años lucharon solo por mantenerse a flote: por evitar el regreso a la categoría no profesional. Sin embargo, a partir de 1991, gracias al ojo de Gravina para el talento útil a precio de saldo, acabaron de forma consecutiva quintos y cuartos. Pero entonces, como suele ocurrir en el mundo hipertenso del *calcio*, el entrenador se fue al final de la temporada y el sustituto resultó no ser del agrado de Gravina.

De hecho, una vez transcurrido un tercio de la temporada 1993-94, el Castel di Sangro ocupaba el último lugar de la categoría, y daba la impresión de que la etapa profesional iba camino de su rápido e ignominioso fin. Justo después de Navidad, Gravina despidió al hombre que le desagradaba y entregó las paralizadas riendas a un entrenador en paro llamado Osvaldo Jaconi, un hombre de la región del lago de Como, al norte, cuyo currículum colgaba como una sogá de su fornido cuello de exjugador.

Jaconi vivía a unas tres horas al norte en la costa del Adriático, en la ciudad de Civitanova, con equipo en la categoría C2. Desde un punto de vista profesional, *il calcio* era lo único que conocía. Tras quince años como jugador, principalmente en categorías inferiores, se había retirado sin pena ni gloria a los treinta y cuatro años y había emprendido la carrera de entrenador.

Durante la década siguiente, en pos de dicha vocación, había recorrido todo el país, desde los lagos septentrionales hasta la sofocante ciudad de Lentini, en Sicilia. Le habían contratado y despedido en categorías que iban de la C1 hasta la semiprofesional, pero solo había gozado de éxitos esporádicos en todas ellas.

Jaconi estaba casado y era padre de dos hijas adolescentes. También era decidido, engreído, autoritario, tozudo y potente físicamente, y tenía una voz que había que medir en decibelios de sirena de niebla, y unas ansias inagotables de trabajar.

Podía ser jovial, incluso gracioso, y entre amigos demostraba un afecto sincero. En el trabajo, sin embargo, no era un hombre que disfrutara escuchando las opiniones ajenas. Años después proclamaría con orgullo que solo sabía una palabra de inglés, *bulldozer*. Y señalándose el enorme pecho, decía: «Yo *bulldozer*». Lo cual, para lo que son las autoevaluaciones, era de una exactitud sorprendente y condensaba casi todas las virtudes y casi todos los defectos profesionales de Jaconi.

Cuando le contrató Gravina, le faltaba un mes para cumplir los cuarenta y seis, y por vez primera desde que se había convertido en jugador profesional, a los diecinueve años, llevaba seis meses sin trabajo. Muchos entrenadores habrían echado un vistazo a Castel di Sangro y habrían dicho «no, gracias», y muchos otros habrían dicho que no sin molestarse a echar un vistazo. Pero Jaconi estaba desesperado y dijo que sí.

Tuvo éxito al momento. Su métodos severos (intimidatorios, decían algunos) levantaron el equipo del fondo de la tabla hasta el séptimo puesto al final de la temporada. Al año siguiente, asombró a todo el mundo al sacar al Castel di Sangro del atolladero de seis años en la C2 y lograr el ascenso a la C1.

Puede que cueste entender hasta qué punto son distintas la división central de la categoría C2 y la división sur de la C1, pero la diferencia es enorme. La C2 es profesional, sí, pero a duras penas. La mayoría de los clubes representa a ciudades y poblaciones tan poco conocidas que hasta a los italianos les cuesta ubicarlas en el mapa. Ternana, Fermana, Giorgione, San Donà, Forlì, Tolentino, Imola: es una Italia sin interés, común y corriente, donde el turismo no es una gran fuente de ingresos.

Era increíble, de todas formas, que Castel di Sangro, tan en lo profundo de los Abruzos y con una población de solo cinco mil habitan-



Jaconi in panchina durante un partido.
(Foto: Michele D'Annibale)

tes, hubiera subido hasta esa categoría y hubiera logrado mantenerse siete años. Pero el hecho de que fuera a llegar más alto —de que fuera a ascender a la C1— estaba, como la distancia entre las galaxias, fuera del alcance de la imaginación.

En la temporada 1995-96 de la Serie C1, *girone B*, el Castel di Sangro se enfrentaría a equipos como el Ascoli, que había jugado en la Serie A catorce temporadas, la última en 1990. Y como el Lecce, de la apartada metrópoli del sur, con una población de más de cien mil habitantes, un club que había jugado en la Serie A ¡solo dos años antes!

La amplitud geográfica en sí ya asustaba. Desde Lecce, situada en el tacón de la bota de Italia, la liga C1 abarcaba ciudades tan al norte como Siena, en la Toscana. Desde Castel di Sangro, ningún contrincante estaría muy cerca. Haría falta alquilar un autobús para el equipo, y dinero para llenar el depósito. Habría comidas y noches de hotel para los jugadores. Corría el rumor de que el *signor* Rezza no

estaba del todo contento. Nunca había tenido la intención de perder dinero en el equipo, pero con un estadio con capacidad para solo cuatro mil personas (que ya era el 80% de la población) no iba a resultar fácil sacar provecho del éxito.

Un éxito que no podía esperarse en la C1. Gravina —que de no soltar moneda tenía moratones en el índice y el pulgar— se negó a cualquier clase de incremento de la plantilla. No obstante, los vecinos del lugar habían adquirido una fe casi infantil en los supuestos poderes mágicos de Jaconi. A lo mejor lo lograba con artimañas, a lo mejor con su pura fuerza de voluntad (los jugadores tenían tal pavor a su cólera que les aterrorizaba la perspectiva de perder), o a lo mejor era sin más, como decían algunos, *l'uomo della provvidenza*, un regalo del cielo. En cualquier caso, obtenía buenos resultados, y lo hacía solo con hombres sin un talento especial para el fútbol.

Para la aventura de la Serie C1 Jaconi habría de apañárselas con lo que tenía. A la manera *abruzzese*. En el pueblo algunos pensaron que a lo mejor lograba salvar el equipo del descenso inmediato a la C2, pero nadie previó lo que acabó ocurriendo: el Castel di Sangro terminó la temporada en segundo lugar. No tiene sentido preguntar siquiera cómo se consiguió tal cosa, porque fue la primera fase del milagro, y lo milagroso, por definición, escapa a todo intento de explicación.

El Lecce, el campeón, ascendería de manera automática a la Serie B, pero el nuevo reglamento exigía que se disputara una promoción entre los equipos que habían finalizado del segundo al quinto puesto para determinar qué otro club subiría.

En la primera ronda de la promoción, el Castel di Sangro jugó una eliminatoria a dos partidos contra el quinto clasificado, el Gualdo, el equipo de Macerata, en la región de las Marcas, justo al norte de los Abruzos.

El 16 de junio de 1996, un domingo, en el campo del Gualdo, el Castel di Sangro concedió un gol a solo seis minutos del final y perdió 1-0. Una semana después, en Castel di Sangro, a solo *quince segundos* del final y con el marcador 0-0 —que eliminaba al Castel di Sangro— Jaconi hizo un cambio extraño. Metió a un defensa que había jugado

solo siete partidos en toda la temporada y que no había marcado un solo gol. Siete segundos después de entrar, el defensa mandó el balón a la red.

Después, cuando le preguntaron cómo pudo escoger a aquel suplente concreto en aquel momento concreto, Jaconi encogió los anchos hombros, miró hacia el cielo, levantó las palmas a los lados y dijo: «*Chissà*». ¿Quién sabe? La eliminatoria a dos partidos acabó en un empate a un gol, pero el Castel di Sangro, al haber terminado más arriba en la liga, pasó a la final.

Esta iba a celebrarse el 22 de junio en la ciudad neutral de Foggia, a unos doscientos cuarenta kilómetros al sudeste de Castel di Sangro: un solo partido para determinar qué equipo de la Serie C1, *girone B*, se uniría al Lecce la temporada siguiente en el en apariencia mítico reino de la Serie B. El rival sería el Ascoli, de una capital de provincia de las Marcas con una población diez veces mayor que la de Castel di Sangro, un conjunto que había derrotado al Castel di Sangro en los dos partidos que habían jugado en liga.

A aquellas alturas, los vecinos estaban tan agitados como nunca desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial o, en algunos casos, desde el gran terremoto de 1915, en el que murió en torno a la mitad del pueblo. Pero, por vez primera, el alboroto estaba relacionado con la esperanza, no con el miedo.

Gravina anunció que pondría un autobús a disposición de todos los vecinos del pueblo que quisieran viajar a Foggia para animar al equipo. Pensaba que le tocaría alquilar un autobús, o a lo sumo dos. Pero en cuanto se dio cuenta de que hablaba en serio, la gente de Castel di Sangro empezó a hacer cola delante de las oficinas de *La Società* para asegurarse una plaza en el autobús. La fila creció rápido: primero eran cientos, luego miles.

Horrorizado, el presidente del club miró por la ventana y vio a casi toda la gente del pueblo cantando, aplaudiendo, riendo, pero también pidiendo, ¡exigiendo!, un asiento en el autobús. Al final, Gravina tuvo que pagar el alquiler de más de treinta autobuses, con lo que casi liquidó las ganancias del equipo durante la temporada y dejó al *signor* Rezza en la más profunda melancolía.

El partido no tuvo mucha historia. Las condiciones del campo se asemejaban a las de un invernadero: el calor y la humedad de un sofocante día de verano del sur de Italia se combinaron para minar las fuerzas de los jugadores de ambos conjuntos... jugadores que ya estaban casi paralizados por el miedo que daba saber que un solo error podría resultar fatal para los sueños de miles de personas.

Los noventa minutos acabaron 0-0. El marcador se mantuvo hasta bien entrada la prórroga de treinta minutos, a la que seguiría, de ser necesario, una tanda de penaltis como la de la final del Mundial entre Italia y Brasil.

El reglamento del fútbol solo permite que cada equipo realice tres cambios y, una vez sustituido, un jugador no puede regresar al campo. A medida que declinaba la calurosa tarde y las fuerzas flaqueaban, Jaconi hizo un primer cambio, y luego otro.

Sin embargo, a lo largo de los noventa minutos, y luego de casi todos los treinta minutos siguientes, se guardó el tercer cambio. Eso desconcertó mucho a los seguidores del Castel di Sangro, porque estaba claro que de los once jugadores del equipo del pueblo, solo el portero, que no había tenido que correr a toda velocidad luchando en cada zancada contra oponentes feroces y a menudo violentos, en unas condiciones tan sofocantes y agotadoras, era capaz de esforzarse más.

Pero Jaconi esperó. Y luego, en el minuto ciento diecinueve, aquel mago tomó la decisión. ¡Y qué incomprensible fue! Porque el jugador que mandó al banquillo no fue uno de los defensas, centrocampistas o delanteros exhaustos y deshidratados, sino Roberto De Juliis, el muy competente y —al menos aquel día— absolutamente intachable portero de veinticuatro años.

Salió corriendo al campo en su lugar Pietro Spinosa, el portero suplente, de treinta y cuatro años, que no había intervenido un solo minuto en toda la temporada. Spinosa, aunque llevaba diez años de profesional, jamás había jugado en categorías superiores a la C2, y su último encuentro en ella había sido dos años antes.

Pero allí estaba, de repente: el portero del Castel di Sangro para la decisiva tanda de penaltis. El joven De Juliis abandonó el campo llorando, ajeno a la ovación en pie que recibió.

Entonces, ¿en qué estaba pensando Jaconi? ¿En la experiencia, por encima de la juventud? ¿En que una sorpresa pudiera desestabilizar al Ascoli? ¿En un ligero temblor de nerviosismo del joven De Juliis que solo podía detectar la prodigiosa capacidad de observación de Jaconi? ¿O, en cambio, como llegaron a creer después los lugareños, fue un momento de inspiración divina? *Chissà?* ¿Quién sabe?

Uno a uno, los jugadores fueron chutando. Al final de la tanda de cinco penaltis, el resultado era de empate: habían marcado cuatro jugadores de cada equipo y los dos porteros habían parado un disparo.

El partido había llegado ya a la fase de muerte súbita. El Castel di Sangro disparó y marcó. El Ascoli disparó y marcó. Empate a seis. El Castel di Sangro disparó y marcó. Luego le tocó el turno a un jugador del Ascoli llamado Milana, que lo lanzó muy bien. Fue un disparo seco a la derecha, lejos del alcance de Spinosa. Habría que ir al octavo penalti.

¡No!

Pues el bendito Spinosa, impulsado por la astucia que había adquirido a lo largo de los años, y mostrando la rapidez felina de un hombre diez años más joven, saltó a la derecha en el instante mismo en que Milana golpeó la pelota, con los dos brazos extendidos y, estirando el cuerpo en toda su longitud, logró tocar con la punta del guante el balón, que llegaba desde una distancia de solo once metros a casi cien kilómetros por hora, y lo desvió a unos centímetros de la boca de gol.

Fue el momento en que se alcanzó la masa crítica. Fue el instante que de la noche a la mañana se conocería como el milagro de Castel di Sangro.

¡Castel di Sangro, una población diminuta, recóndita y aislada, en la Serie B! ¿Un milagro? *Assolutamente!* Desde luego, para la prensa italiana esa única palabra ya no iba a bastar: «*Di miracolo in miracolo!*», declaró un periódico.

El Castel di Sangro, de los tan ridiculizados Abruzzos —¡pero también del país de Liliput!—, iba a ascender a la Serie B, donde la temporada siguiente competiría por todo lo largo y ancho de Italia contra



La squadra al comienzo de la temporada. En primera fila (de izquierda a derecha): Alberti, Di Fabio, Martino, Di Vincenzo, Terrara, Cristiano, Michelini; en segunda fila: Fusco, Verolino, Longhi (segundo entrenador), Jaconi, Petrarca (tercer entrenador), Bonomi, D'Angelo; de pie: Altamura, Biondi, Cei, Lotti, Spinosa, De Juliis, Galli, Pistella, Prete.



El «milagro» original. Spinosa detiene el penalti lanzado por el Ascoli. El Castel di Sangro asciende a la Serie B.

equipos de metrópolis como Turín, Génova, Padua, Palermo, Verona, Bari y Venecia.

Era un hito increíble, imposible de imaginar. En cuanto lo leí, en junio de 1996, en *Guerin Sportivo*, una revista italiana de fútbol a la que me había suscrito, supe que tendría que ir a Castel di Sangro a escribir sobre el milagro y lo que pudiera pasar después.

«Por cómo hablan algunos de fútbol» —dijo una vez un entrenador del Liverpool— «uno pensaría que es una cuestión de vida o muerte. No lo comprenden. Es mucho más importante que eso.»

Aquello, al menos, yo lo comprendía.